

LA ‘SEMIOSIS ILIMITADA’ DEL HIPERTEXTO COMO TEXTO EN ACCIÓN

Saleta de Salvador Agra
Departamento de Lógica e Filosofía Moral
Universidad de Santiago de Compostela¹

1. Introducción

El lenguaje de las computadoras es, paralelamente a cómo Charles Peirce describió el pensamiento, una organización sígnica que trabaja sólo con signos: “El pensamiento no es más que un tejido de signos. Los objetos de los que se ocupa el pensamiento son signos” (MS 1.334). El tejido de la red de redes está formado por una compleja malla sígnica que reenvía, en un transcurso sin fin, un signo a otro signo. Un proceder que recuerda a la descripción de la semiosis, como la acción de los signos, del filósofo norteamericano. Incluso, en los propios inicios del concepto de hipertexto encontramos ya ecos peirceanos que nos podrán servir para entender un fenómeno tan actual como Internet y, en particular, su original lenguaje: el código HTML (*HyperText Markup Language*). La Web, la telaraña mundial, es, de hecho, una especie de inmensa enciclopedia reticular, como estudiaremos, en la cual existen innumerables saltos, ilimitados ‘juegos sígnicos’ posibilitados por el hipertexto como texto en acción. Por lo tanto, de lo que se trata es de hacer una aproximación interpretativa buscando comprender la “semiosis ilimitada” a la luz de la revolución que entraña Internet. Para lo cual, en lo que sigue, echaremos mano fundamentalmente del concepto de semiosis, del de interpretante y de la hermenéutica de Umberto Eco, en lo que a su lectura de Peirce se refiere, así como del concepto de hipertexto, desde sus orígenes más remotos hasta su versión Web, para poder examinar, entonces, el comportamiento y la vida de los signos en el ecosistema virtual.

2. Ecos peirceanos en los orígenes de la nueva enciclopedia reticular

Si nos remontamos a los prolegómenos del sistema hipertextual la primera mención especial deberá ser para el ingeniero estadounidense Vannevar Bush. Más concretamente para

¹ This paper was supported by the FFI2009-08828 project of the Spanish Ministry of Science and Innovation and FEDER.

su artículo publicado en 1945 que lleva por título “As we may think?” y donde dejó constancia de su preocupación por el acceso al saber. De hecho, aquejado por “la enorme montaña de investigación científica que no para de crecer” (Bush, 2001: 21) y por los medios obsoletos de almacenamiento de datos de su época, que proceden con modelos de indización siguiendo un orden donde “la información se encuentra en un único sitio” (Bush, 2001: 41), propone, en el plano teórico, una especie de máquina que fuese capaz de recorrer toda la información almacenada en microfichas. Una gran biblioteca que dio en llamar Memex. De tal manera que su idea iba encaminada a crear -ya que no lo llevó nunca a la práctica- un dispositivo que posibilitara navegar por distintas rutas a través de enlaces; infinitas trayectorias de información dirigidas por el propio usuario quien a voluntad podía insertar “un comentario de su propia cosecha, eligiendo entre enlazarlo de manera directa al sendero principal que está creando o hacerlo de manera indirecta, vinculándolo a alguno de los elementos concretos del sendero” (Bush, 2001: 47). Una descripción que vaticina asombrosamente lo que el filósofo Ted Nelson acuñará con la palabra hipertexto:

“por ‘hipertexto’ entiendo la escritura no-secuencial -un texto que se bifurca y que permite elecciones al lector, y que es mejor que se lea en una pantalla interactiva. Tal como se conoce popularmente, ésta es una serie de fragmentos de texto conectados por enlaces que ofrecen al lector diferentes itinerarios” (Nelson, 1981: 0/2).

Así mismo, el original Memex también antecedió al ambicioso proyecto Xanadú de Nelson -“el nombre perfecto para un *lugar mágico de la memoria literaria*” (Nelson, 1981: 1/30)- con el que éste perseguía reproducir una enorme biblioteca pública con toda la literatura de la humanidad disponible en línea en forma de hipertexto. Este pionero de las tecnologías de la información apuntaba cual era su objetivo:

“la potencialización del intelecto humano, tal como Doug Engelbart previó; está concebido para ser particularmente simple para usuarios principiantes, pero fácilmente transformable en programas de gran complejidad; es un sistema editorial y de archivación universal construido para permitir un crecimiento ordenado pero ilimitado” (Nelson, 1981: 1/5).

Ahora bien, aunque su plan se acercaba a los intereses de Bush, éste pensaba que la solución a los problemas de almacenamiento de su tiempo debía pasar por emular el modo de proceder de la mente humana:

“La mente opera por medio de la asociación. Cuando un elemento se encuentra a su alcance, salta instantáneamente al siguiente, que viene sugerido por la asociación de pensamientos según una intrincada red de senderos de información que portan las células de su cerebro” (Bush, 2001: 42).

Consciente de la imposibilidad de replicar un proceso tan complejo, su reivindicación de los modelos asociativos, en la estela de la doctrina empirista del asociacionismo², dibujaban ya el panorama de lo que años más tarde se fraguará en las tres famosas uves dobles de Tim Berners-Lee: la World Wide Web como “un espacio en el que cualquier cosa se pueda relacionar con cualquier otra” (Berners-Lee, 2000: 4). El gran hipertexto³ que permite procesar, organizar y presentar de forma flexible masas descomunales de información es, actualmente, con el Web 2.0 una retícula móvil alejada del árbol estático de las primeras páginas web, donde la interactividad y el papel del usuario cobran un mayor protagonismo. Un modelo hipertextual que podremos pensar afín al de una gran enciclopedia, en el sentido que así la entendió el filósofo italiano Umberto Eco⁴.

A diferencia del diccionario, del modelo KF (en honor a los filósofos Katz y Fodor), acorde con las taxonomías del ‘árbol de Porfirio’⁵, la enciclopedia -aquí la web hipertextual- es, para el pensador italiano, una red de estructuras excéntricas, no ramificadas, no arbóreas, sino rizomáticas con infinidad de temas que se entrecruzan. De ahí que Eco recurra a la teoría filosófica de Deleuze y Guattari para describir la organización enciclopédica como una asociación no lineal frente a una lógica piramidal, y allí donde él dice rizoma, nosotros, con ciertas precauciones y matices, podremos sustituirlo por la palabra hipertexto, en su sentido más general⁶:

“todo punto del rizoma puede ser conectado, y debe serlo, con cualquier otro punto, y de hecho en el rizoma no hay puntos o posiciones sino líneas de conexión; un rizoma puede ser roto en cualquier parte y luego continuar siguiendo su línea; el rizoma es desarmable, reversible; una red de árboles abiertos en todas direcciones puede constituir un rizoma, lo que equivale a decir que todo rizoma puede recortarse para obtener una serie indefinida de árboles parciales; el rizoma carece de centro” (Eco, 1990: 136)

Frente a la representación semántica del diccionario, de equivalencias fijas, de ramas rígidas, la naturaleza rizomática de la enciclopedia se caracteriza por sus relaciones mutables.

² Según Umberto Eco también existen ideas modernas en Peirce, en concreto apunta a que “El origen de una teoría de los interpretantes y de la semiosis ilimitada está en este esbozo del pensamiento moderno” (Eco, 1980: 131) refiriéndose precisamente a uno de los padres de aquella doctrina filosófica como fue David Hume y más concretamente a su noción de costumbre, en relación al concepto peirceano de hábito, del que luego trataremos.

³ Sobre la problematicidad del concepto de hipertexto, en el que aquí no tendremos ocasión de profundizar, véase Cosenza, Giovanna (2008).

⁴ Para un estudio más detallado véase Eco, U. (1984) “Dizionario versus Enciclopedia” en *Semiotica e Filosofia del linguaggio*.

⁵ Sobre la inconsistencia semántica del árbol y para una mayor aclaración sobre este procedimiento dicotómico, elaborado por el filósofo neoplatónico Porfirio, véase Eco, U. (1986)

⁶ Véase Landow, G. (2009)

Al contemplar las circunstancias de uso, al atender al contexto, huye de las clasificaciones estáticas y finitas pues, al igual que ocurre en el hipertexto, su permanente acción permite abandonar la linealidad y abrazar los itinerarios infinitos. Este universo semántico de nudos interconexos es lo que Eco llamó modelo Q, en referencia al *semantic memory* de Ross M. Quillian pues éste “se basa en una masa de nudos (*nodes*) conectados recíprocamente por distintos tipos de vínculos asociativos” (Eco, 1986: 103). De manera tal que todo nudo abre la puerta a un repertorio incalculable de posibles recorridos, a diferencia de las limitadas ramificaciones del diccionario.

La red semántica de Quillian buscaba simular mecánicamente el rico proceder de la memoria humana y, curiosamente, ésta era la misma pretensión y objetivo del Memex de Bush. Pues, a pesar de que el ingeniero norteamericano, en un momento determinado, dice escoger el nombre al azar, no parece que fuese tan fortuita su denominación: Memex proviene de la combinación de las palabras inglesas “memory extender” y afirma que constituye un suplemento ampliado e íntimo de la memoria de una persona (Bush, 2001: 43).

Después de este breve recorrido, podríamos concluir que Vannevar Bush abrió el camino de muchas de las ideas que posteriormente fraguarían en el actual lenguaje hipertextual. Su proyección futurista con el paso del tiempo se ha materializado formidablemente en lo que hoy en día es la Web. Una especie enciclopedia de forma reticular que, al hilo de la propuesta de Eco, se funda en la semiosis ilimitada del fundador del pragmatismo Charles Peirce, ya que es una red de relaciones que funciona como una cadena de interpretantes.

3. La red de redes como ‘semiosis ilimitada’

Internet como espacio semiótico presenta unas características propias y diferenciales. Definida en muchas ocasiones como un *metamedio* que ha engullido y transformado otros medios, Internet aporta su propia originalidad que se podría resumir en su carácter interactivo, en su carácter dinámico y creador. La concepción peirceana de la semiosis como complejo tejido de signos ilimitados en movimiento nos brindará, entonces, las claves interpretativas para definir el proceso sígnico en la red de redes.

El lenguaje de las computadoras trabaja sólo con signos, lo cual, como señala Javier Echeverría, supone “un paso más en los procesos de artificialización, porque los referentes de dichos signos son, a su vez, signos, y por tanto entidades artificiales” (Echeverría, 2004: 296). Esto ocurre, por ejemplo, con las letras en la pantalla de un ordenador que permiten reconocer o designar a los caracteres escritos, o dicho de otra manera, los signos en la pantalla están por signos escritos. Pero no sólo cabría destacar este sentido *metasemiótico* peculiar de una máquina que crea signos sino la originalidad de un lenguaje propio que se plasma de una manera notoria en la red⁷, en especial en la World Web Wide, esto es, el lenguaje hipertextual.

La expresión ‘semiosis ilimitada’ se debe a la terminología empleada por Umberto Eco en su hermenéutica de las cadenas de interpretantes a los que alude Charles Peirce. Así, en una de las múltiples definiciones de signo que ofrece el padre de la semiótica moderna, a lo largo de su obra, apunta precisamente a esto cuando afirma: “cualquier cosa que determina a otra cosa (su interpretante) a referirse a un objeto al cual ella también refiere (su objeto) de la misma manera, deviniendo el interpretante a su vez un signo y así sucesivamente *ad infinitum*” (C.P 2.303). Esto es, una cadena sin fin bajo la fórmula “X está por Y para Z”⁸.

La semiósis es para Peirce acción, conversión o traducción de signos en signos y, más específicamente “una acción, una influencia, que sea, o suponga una cooperación entre tres sujetos, como, por ejemplo, un signo, un objeto y su interpretante” (C.P 5.484). Esta triadicidad, típica de todo su pensamiento⁹, es indispensable para que “algo funcione como signo” y para dar cuenta del movimiento inherente a la transformación de los signos.

⁷ Al igual que otros teóricos de la materia, consideramos que la escritura hipertextual fue esbozada a nivel teórico con anterioridad a la aparición de la World Web Wide. Sin embargo fue la red de redes quien mejor plasmó, en la práctica, aquellas ideas que, entre muchos otros, sugirieron Italo Calvino, José Luís Borges, Julio Cortázar e incluso Charles Baudelaire, cuando en el prefacio de *El Speen de París*, aboga por la flexibilidad de la prosa refiriéndose a su obra como algo “que no tiene ni pies ni cabeza, ya que, por el contrario, todo en ella hace las veces de pies y de cabeza, alternativa y recíprocamente”. Sin poder entrar a fondo en este aspecto, alejado de nuestro objetivo, es conveniente dejar constancia de este sentir que podríamos resumir con las últimas palabras que dedica el propio Baudelaire al poeta francés Arsène Houssaye, en la obra anteriormente mencionada, y que dicen: “Quite una vértebra, y los pedazos de esta tortuosa fantasía volverán a unirse sin dificultad. Córdela en numerosos fragmentos, y verá que cada uno puede tener existencia propia” (Baudelaire, 2009). Aquí, acotamos el concepto de hipertexto a su versión en el mundo web, sin entrar tampoco en las diferencias de formatos [para las distintas formas de enlaces que dan lugar a diferentes tipos de hipertextos véase Landow, George (2009)].

⁸ Definición que, como es sabido, se remonta a la escuela Estoica, a la cual debemos la primera definición de signo como compuesto de tres elementos.

⁹ Una investigación en detalle debería dar cuenta de su estudio de la faneroscopía o fenomenología peirceana, y del correlato entre ésta y su teoría semiótica, así como de la división triádica de las categorías cenopitagóricas (primeridad, segundidad, terceridad) que, sin lugar a dudas, desbordaría las pretensiones de este trabajo.

Siguiendo a Rivas Monroy (2001) diremos que el dinamismo en la semiosis peirceana pivota fundamentalmente en torno a tres puntos conexos:

- i) La interrelación entre sus tres elementos irreductibles: representamen, objeto e interpretante.
- ii) La posibilidad que abre todo proceso sígnico a “una nueva semiosis, pues el representamen determina al interpretante a que asuma la misma relación triádica en la que él mismo se encuentra respecto a su objeto, es decir, determina al interpretante a que se comporte como un nuevo representamen de ese objeto” (Rivas Monroy, 2001).
- iii) El cambio en la posición lógica de sus elementos que se sigue de ii): un interpretante es tanto el tercer elemento de una relación triádica como el primer término de una tríada posterior. O dicho con las propias palabras del filósofo: “El interpretante de un signo es otro signo, ya que cualquier cosa, al actuar como signo, pone al interpretante en la misma relación con el objeto que el primer signo tiene” (C.P 8.332)

Este comportamiento teórico de los signos, su recursividad infinita, tiene en el hipertexto una versión plástica. Su capacidad de conexión, reenviando ilimitadamente un signo a un signo sucesivo, ejemplifica la progresión continua que sin linealidad preestablecida y sin centro definido (posibilitado por la variabilidad en el orden del recorrido hipertextual, o lo que es lo mismo, por el cambio de la posición lógica, anteriormente descrita) traza, al igual que ocurre en la semiosis ilimitada, el mapa móvil de la vida de los signos.

El encadenamiento sin fin es posible por la interpretabilidad de las cadenas de interpretantes. Y precisamente será su propuesta de interpretante, central en la originalidad de la teoría semiótica del norteamericano, la que mejor nos servirá para entender la idea de hipertexto como texto en acción dado que este elemento remite a un signo al igual que ocurre en el salto de un link a otro.

El interpretante, la categoría de la terceridad, en su función mediadora nos llevaría, por ejemplo, de ‘mujer’ a ‘woman’ (interpretante) a la imagen de una mujer (interpretante) a ‘María’ (interpretante) y así *ad infinitum*. Es, tal y como se recoge en la anterior cita del

propio Peirce, un signo, y por lo tanto, otra representación del objeto extrasemiótico. Esto es, del objeto *dinámico* o *mediato* que “es el objeto exterior al signo” (C.P 8.334) a diferencia del objeto *inmediato* que es “el Objeto tal como el signo mismo lo representa y cuyo Ser es, pues, dependiente de la Representación que de él se da en el signo” (C.P 4.536). Una distinción entre los dos objetos del signo que, como sostiene Rivas Monroy (2001), permite nuevamente dar cuenta del carácter dinámico en el que habría dos movimientos de semiotización:

“Un movimiento externo al proceso de semiosis, cuya dirección es de afuera a dentro, en el que el objeto dinámico determina al signo a representarlo a partir del fundamento, dando lugar al objeto inmediato (dirección objeto-fundamento-signo); y otro movimiento interno al proceso de semiosis, que sería precisamente el inverso, cuya dirección es de dentro a fuera, en la que el objeto inmediato representa al objeto dinámico a través de la idea o fundamento del mismo (dirección signo-fundamento-objeto)” (Rivas Monroy, 2001).

Por lo tanto, la acción constituye un ingrediente esencial en la semiosis, al igual que para el lenguaje hipertextual, la movilidad, el tránsito, tal y como a continuación veremos, es, hoy por hoy, una de sus características definitorias. Bastará un clic para dar rienda suelta al dinamismo en la red de redes.

4. Hipertexto: el texto en acción

El texto en la pantalla de un ordenador es un pasaje en movimiento, un texto en acción que se cruza -mediante los hipervínculos o enlaces virtuales- con textos potenciales que conducen a los usuarios de texto a texto o de texto a imágenes, a vídeos, a sonidos¹⁰ (los denominados hipermedia o hipertextos multimedia). Sin centro, los nexos hipertextuales -con variadas y variables trayectorias, recorridos donde principio y fin se confunden- multiplican los sentidos. Su grado de conectividad aumenta exponencialmente a través de una especificidad textual propia: posee nodos (unidades significativas) y vínculos o enlaces (conjuntos de conexiones, también denominadas *links*). Estos últimos son los que le confieren verdadera movilidad al hipertexto, posibilitándole renunciar a la estructura lineal, secuencial y fija de la información, para habitar en lo multisequencial, en lo multidireccional. De modo que, como señala Jay Bolter:

¹⁰ Como es sabido, Peirce con el término signo hace referencia no sólo a los signos lingüísticos sino a cualquier fenómeno que actúe como tal, aunque actualmente, por ejemplo, los signos olfativos y táctiles no tienen una presencia notable en el mundo *online*.

“cada recorrido define un orden de lectura igualmente convincente y legítimo y este simple hecho modifica radicalmente la relación del lector con el texto que, entendido como red, no tiene un sentido unívoco: es una multiplicidad privada de un principio dominante” (Bolter, 1993: 34).

Siguiendo una lógica ajerárquica que tiende hacia lo ilimitado, que difumina los propios límites del texto, los vínculos sýgnicos nos sitúan en una red de múltiples posibilidades y códigos donde el significado, suspendido en el aire, se construye, como el caminante de Antonio Machado, al andar. Es la idea del “discurso discurrido”, en terminología de Gunnar Liestøl, del discurso que se va haciendo:

“con el hipertexto, se descubre de nuevo la construcción del significado sobre la marcha y no sólo en la posición del autor, sino también en la del lector: el lector se convierte en autor secundario dentro de los límites establecidos por el autor primario” (Liestøl, 1997: 122).

En este sentido el hipertexto evidencia la *intentio receptoris* puesto que el texto pasa a ser claramente una construcción en manos del lector. Un procedimiento que recuerda nuevamente a las teorías semióticas de Umberto Eco, en concreto, a su idea de ‘opera aperta’ donde, recordemos, un significante remite a una pluralidad de significados o, dicho con las propias palabras del pensador italiano:

“obra abierta como proposición de un ‘campo’ de posibilidades interpretativas, como configuración de estímulos dotados de una sustancial indeterminación, de modo que el usuario se vea inducido a una serie de ‘lecturas’ siempre variables; estructura, por último, como ‘constelación’ de elementos que se prestan a varias relaciones recíprocas” (Eco, 1979: 194)

Con la llegada del hipertexto *online* no sólo se subraya la idea de receptor “como centro activo de una red de relaciones inagotables” (Eco, 1979: 75), o también lo que en su día se anunció como la “muerte del autor”, sino que ahora la dicotomía autor/lector se desvanece borrando las líneas divisorias entre ambas ocupaciones¹¹. La gran diferencia gravita en que en la obra abierta estamos ante el mundo “deseado por el autor” y en el presente mundo hipertextual es el propio lector quien puede ser el creador de ese mundo; es él quien decide el camino en la cadena de los significantes. En esto reside su cualidad de inacabado, su estado y estadio de perpetuo cambio sujeto a todo tipo de modificaciones y no sólo como una interpretación abierta. Este novedoso fenómeno, que reconfigura de una manera apreciable la noción de autoría, ha dado lugar al neologismo: “escritlector” o

¹¹ En esta línea, calificada por muchos de utopista, se sitúa también la propuesta teórica, entre otros, de George Landow, quien defiende que el hipertexto modifica el estatus epistemológico del acto de leer y de escribir.

también denominado “lescritor” (del inglés *rider*, una fusión entre *reader* –lector- y *writer* –escritor-) o “lectautor” (traducción del vocablo inglés *weader*, compuesto así mismo de *writer* y *reader*), incluso podríamos, continuando en la estela del prefijo hiper, calificarlo como hiperlector.

La movilidad, la acción, frente a la pasividad de otros medios, es, como ya dijimos, una de las especificidades más distinguidas del hipertexto. Un dinamismo en la transformación de signos en signos que entronca con la teoría de la semiosis ilimitada donde la producción de significación es continua y donde el usuario-intérprete¹² se encuentra dentro de su compleja red. La construcción del sentido viene entonces dada por la asociación y “toda asociación es por signos” (C.P 5.309).

La conexión entre acción y significado enlaza la semiótica peirceana con su teoría pragmática del significado: “el signo es lo que hace, y lo que hace es su significación” (Tordera, 1978: 112-113): es decir, como venimos comentando, la vida sígnica es abierta y fluida, pero también pública y, por lo tanto, dependiente del contexto. La semiosis ilimitada abarca entonces la vida como movimiento inherente de los signos y su proceso de significación:

“El significado de un [signo] puede ser tan sólo un [signo]. De hecho, no es más que el primer [signo], pensado como si estuviera despojado de su ropaje superfluo. Pero este ropaje nunca puede eliminarse por completo; sólo se lo cambia por algo más diáfano. Así que hay aquí regresión infinita. Al final, el interpretante es tan sólo otro [signo] al cual se entrega la antorcha de la verdad; y en calidad de [signo] tiene a su vez su interpretante. He aquí otra serie infinita. (CP 1.339)

Pero, la ‘fuga de los interpretantes’ encontrará, como nos dice Eco, su sosiego. El interpretante, impregnado así mismo por su *triadomanía* (C.P 1.568-1.572), subdividido en: interpretante inmediato, dinámico y lógico- final, tras su larga procesión de signos culmina en lo que él identificó como hábito. De hecho, este interpretante lógico-final nos permitiría

¹² Cabría recordar aquí la escasa presencia del intérprete en la semiótica peirceana. Sabido es que fue la interpretación behaviorista de Charles Morris la que centró la atención sobre este quinto elemento cobrando una importancia que no está presente en la semiosis peirceana. El propio Peirce, consciente de una posible mal interpretación de su teoría formal finalmente asume los riesgos cuando, en 1908, en una carta a Lady Welby, le escribe: “Defino al signo como algo determinado en su calidad de tal por otra cosa, llamada su Objeto, y de modo tal que determina un efecto sobre una persona, efecto que llamo su Interpretante; vale a decir que este último es determinado por el Signo, en forma mediata. Mi inserción del giro “sobre una persona” es una suerte de dávida para el Cancerbero, porque he perdido las esperanzas de que se entienda mi concepción más amplia de la cuestión” (S.S 80-81, trad. CS. 1974: 102)

entender entonces la experiencia del lector de hipertexto, pues ésta se convierte en una ‘semiosis en acto’ en cuanto ocurre que “un interpretante designa el objeto de un representamen y que se completa con esa designación (y en este caso el interpretante no es propiamente un signo) y, la cadena de las semiosis, donde todos los interpretantes, incluso aquellos que ponían un término provisional a una semiosis, son signos, culmine en la construcción última del objeto dinámico” (Deladalle, 1996: 103). Un objeto fuera de la semiosis que nunca llega a ser representado por el signo en su totalidad y, de ahí, su constante posibilidad de apertura. Gerard Deladalle describe en aquel párrafo cómo la tendencia ilimitada se calma en la acción, en el hábito:

“la significación se realiza contextualmente: tras un serie, más o menos extensa, de traducciones (interpretantes), en una situación concreta descodificamos y marcamos el significado final en conexión con la praxis. A este mecanismo de definición del interpretante lógico final Peirce la llama ‘hábito’” (Tordera, 1978: 145)

Ahora bien, en resumen, “lo que una cosa significa es simplemente el hábito que implica” (C.P 5400), pero este concepto no es estático sino una forma de proceder práctico para interpretar el signo. Y en ese momento interpretativo, cuando la semiosis se ha consumado, cuando actuamos sobre el mundo, sucede que estamos otra vez, como ya apuntamos anteriormente, en pleno acto semiótico, sumergidos nuevamente en una cadena de signos *ad infinitum*, en el mundo hipertextual. En los juegos sígnicos de la red donde la acción será la que proporcione el sentido pues la función de los signos, al igual que la caja de herramientas de Wittgenstein, estará sujeta al contexto.¹³

Aquellos primeros precursores y fundadores del sistema hipertextual¹⁴, perseguían simular un medio que fuese análogo al modo de trabajar la mente, del conocimiento. En definitiva, buscaban entender cómo pensamos. Y justamente, como apunta Gérard Deladalle: “La semiótica peirceana responde a la pregunta: ¿Cómo pensamos?” y prosigue en su interpretación de Peirce diciendo, más adelante, que “Pensar es buscar, es ‘indagar’, tantear, creer que se ha encontrado y hacer ‘como si’ por un tiempo, antes de reiniciar la ‘búsqueda’ de la verdad que Peirce califica de ‘falibilista’” (Deladalle, 1996: 89). Una verdad alcanzada

¹³ La pragmática aplicada a los nuevos usos y posibilidades del lenguaje en el contexto de las nuevas tecnologías ha llevado al filólogo Francisco Yus a acuñar el término ciberpragmática para dar cuenta de las novedades lingüísticas que trae consigo Internet.

¹⁴ Un estudio pormenorizado de la historia hipertextual debería también dar cuenta de los logros, entre muchos otros, de Douglas Engelbart. El creador del famoso ratón fue de los primeros en crear un sistema real de hipertexto que permitía manipulación directa por parte del usuario: el *oN Line System* (NLS).

que no es inamovible sino que está en constante devenir. Por lo que podríamos terminar, al hilo de esta reflexión, diciendo que susceptible de ser modificada, reformulada, rectificada, reinterpretada o incluso desechada también es esta aproximación comparativa de la semiosis peirceana y el mundo hipertextual donde, a la vista de la velocidad y flexibilidad del medio, es, si cabe, más previsible su pronta transformación.

BIBLIOGRAFÍA

Baudelaire, Charles (2009) *El Spleen en París*, Ediciones Espuela de Plata, Sevilla.

Berners-Lee, Tim (2000) *Tejiendo la red*, Siglo Veintiuno Editores, Madrid.

Bolter, Jay D. (1993): *Lo spazio dello scrivere. Computer, ipertesti e storia della scrittura*, Vita e Pensiero, Milano.

Bush, Vannevar (1945) “As We May Think” in *The Atlantic Monthly* [trad. cast.: “Cómo podríamos pensar”, *Revista de Occidente*, nº 240, 2001, pp. 19-52]

Cosenza, Giovanna (2008) *Semiotica dei nuovi media. Teorie, metodi e oggetti*, Laterza, Bari- Roma.

Deladalle, Gérard (1996) *Leer a Peirce hoy*, Editorial Gedisa, Barcelona

Echeverría, Javier (2004) *Los señores del aire: Telépolis y el Tercer Entorno*, Destino, Barcelona.

Eco, Umberto (1962) *Opera Aperta*, Bompiani, Milano [trad. cast. *Obra Abierta*, Ariel, Barcelona, 1979]

(1968) *La struttura assente*, Bompiani, Milano [trad. cast. *La estructura ausente*, Ariel, Barcelona, 1986]

(1973) *Il Segno*, Editorial Labor, Barcelona [trad. cast. *Signo*, Editorial Labor, Barcelona, 1980]

(1984) *Semiotica e filosofia del linguaggio*, Einaudi Editori, Torino [trad. cast. *Semiótica y filosofía del lenguaje*, Lumen, Barcelona, 1990]

(1986) “Phorphirian Tree” en Sebeok, T. *Encyclopedic dictionary of semiotics*, Mouton de Gruyter, Berlín, T. 2, pp. 740-746.

Eliozondo Martínez, Jesús O. (2006) *Signo en acción. El origen común de la semiótica y el pragmatismo*, Universidad Iberoamericana, México.

Hardwick, Charles (1977) *Semiotic and Significs. The Correspondence between Charles S. Peirce and Victoria Lady Welby (S.S)*, Indiana University Press, Bloomington.

Nelson, Theodor Holm (1981) *Literary Machines. The report on, and of, Project Xanadu concerning word processing, electronic publishing, hypertext, thinkertoys, tomorrow's intellectual revolution, and certain other topics including knowledge, education and freedom*, Mindful Press, Sausalito, California.

Landow, George P. (2009) *Hipertexto 3.0. Teoría crítica y nuevos medios en la era de la globalización*, Paidós, Barcelona

Liestøl, Gunnar (1997) “Wittgenstein, Genette y la narrativa del lector en hipertexto” en Landow, George (comp.) *Teoría del hipertexto*, Paidós, Barcelona

Peirce, Charles (1931-1958) *Collected Papers (C.P)*, vol 1-8. Electronic Edition de J. Deely, Intelx Charlottesville.

(1966) *The Charles S. Peirce Papers*. 32 rollos de microfilms de los manuscritos conservados en la Houghton Library. Cambridge, MA: Harvard University Library, Photographic Service.

(1974) *La ciencia de la semiótica (C.S)*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Rivas Monroy, M^a Uxia (2001) “La semiosis: un modelo dinámico y formal de análisis del signo” en *Razón y Palabra*, México.

Tordera, Antonio (1978) *Hacia una semiótica pragmática. El signo en CH. S. Peirce*, Fernando Torres Editor, Valencia